

ARTE Y LITERATURA

Rebelión

La rima es el tirano empurpado:
Es el estigma del esclavo, el grillo
Que atonja la marcha de la idea.
No alegres que es de oro. El pensamiento
No se esclaviza a un vil cascabelo!
Ha de ser libre de escalar las cumbres
Entero como un sol, la crin revuelta,
La frente al viento. ¿Acaso importa
Qué adorne el ala lo que oprime el vuelo?

El es por sí, por su divina esencia,
Música, luz, color, fuerza, Belleza!
A qué el carmin, los perfumados pomos?
Por qué ceñir sus manos enguantadas
A herir teclados y brindar bombones
Si libres pueden cosechar estrellas,
Desviar montañas, empuñar los rayos?
Si la cruz de sus brazos redentores
Abarca el mundo y acaricia el cielo!

Y la belleza sufre y se subleva.
¿Si es herir a la diosa en pleno pecho
Mermar el torso divinal de Apolo
Para ajustarlo a infima librea!

Para morir como su ley impone
El mar no quiere diques, quiere playas!
Así la idea cuando surge al verso
Quiere al final de la ardua galería,
Mas que una puerta de cristal o de oro,
La paz pa abierta que le grita: «¡Libre!»

Delmira Agustini.

FECUNDIDAD

Divine amor glorioso: tu bendecido don
en mi vientre palpita como otro corazón.

Soy surco germinado, en donde la se-
milla
de la vida triunfante gesta la maravilla.

Yo llevo en las entrañas la promesa
de un mundo,
y a cada vibración de mi vientre fecundo,
baño toda mi carne en la euforia gloriosa,
de sentirme inmortal, como una semidiosa.

Mi vientre, igual que el surco, toda
la vida encierra,
y soy fuerte y fecunda como la Madre
(Tierra!...)

Salvadora Medina Onrubia.

Wilkens--Martir

A la tumba noble mártir
Te llevaron asesinado,
Los que matan y condenan
Por el pan y por la paga:
¡Los patrioteros soldados!...

Tu sangre derramada
Por un ideal tan noble
Impelido al revolucionario,
Al idealista, al ácrata:
¡Vengar tu nombre!...

Caíste, noble hermano,
Genio de lucha y de amor,
Por el plomo de un cosaco
Que no sabe del dolor!

Más tu nombre esclarecido
Se esculpirá en la memoria
Y de Santa Cruz la historia
Recordará los obreros
Con sagrada indignación!...

América. Lucía L. Oser.



Abajo, sí que en los modernos tiempos
En que, rotos los moldes del pasado,
Se enseña, con bellísimos ejemplos,
Una ley fraternal en lo creado;
Hoy que ya tiemblan los antiguos templos
Donde tanta mentira se ha adorado,
Se imponen las ansiadas igualdades
Rigiendo las modernas sociedades.

Caridad, cupo acaso, entre otras gentes,
Cuándo ignorantes las generaciones,
Se inclinaban esclavas, complacientes,
Ante escudos, castillos y blasones?
Cuándo un Rey adoraban obedientes
Cómo a un Dios las estúpidas naciones,
Y caminando del engaño en pos,
Creían tanta infamia hecha por Dios?

Cuando el hombre sufría sin quejarse
Y ni aún siquiera compasión pedía,
Creyendo una gran falta rebelarse,
Pues Dios a sus «señores» protegía;
Más ya pasó el tiempo de inclinarse
Ante verdugos, y se acerca el día
En que caigan al suelo los tiranos
Y se abracen los pueblos como hermanos.

¡No más la frase que al caído humilla!
¡No más favor, porque el favor ofende!
¡Fuera la compasión, que es la cuchilla,
Que mata el pundonor, la sangre enciende!
Hoy que de libertad la antorcha brilla,
Sólo amor fraternal ya se comprende;
¡Sea, pues, ley del mundo la igualdad
Y abajo la humillante caridad!

Belén Sárraga.

Las mujeres y la literatura

El alma colectiva, la gran alma femi-
nina, que resume un siglo, ó la reunión
de siglos contados en evolución de cos-
tumbres y analogía de hechos, se trans-
forma lentamente dejando como un in-
menso retrato en la linterna de la época.

Nuestra literatura castellana, desde que
sale de las primeras Gestas, es austera
como el alma de Castilla. Rima la figura
de la dama con el grave silencio del
castillo. Hasta que florece la literatura
picarresca se le conserva la servidumbre
y no hay figura de mujer repugnante
ni dama sin servidores.

Cuando aparece la caballería, la exal-
tación de la mujer llega a su colmo. Son
musas y señoras, inspiradoras y dueñas.
Toda mujer es reina, y las Cortes de
Amor les rinden vasallaje. Se ha discu-
tido en tiempos de feminismo y de tran-
vías, (yo creo que los enemigos de la
mujer son los tranvías y el feminismo,
porque en ellos nos disputamos el sitio),
si la galantería medioeval era o no ad-
versa a nuestro sexo. Las modernas
Pentesileas abominan de que se conce-
diera a nuestra gracia lo que ellas recla-
man por la fuerza. No entraré en la
cuestión, porque si el gustar de amor y
de caricia es antigualla, confiéome una
atávica impenitente, que añora el raso
del palanquin y la plácida dulzura del
comedor familiar, con su alto techo arte-

sonado y su monumental chimenea.
Gusto más aplaudir el triunfo de un
amado que de cosechar laureles propios;
y lo confieso, siento cierta envidia hacia
esas mujeres servidas y amadas, que
presidían los torneos, donde los paladines
ostentaban sus colores. Son más artistas
que las que nos disputamos el voto en
el torneo sin gloria de nuestra vida
social.

Así, pues, dejando a un lado si aquel
estado de cosas favorecía a la mujer, me
limitaré a consignar que desde luego
favorecía al hombre.

El modelo de la hidalguía española
está en aquellos caballeros, servidores
de las mujeres, que sabían sacar la es-
pada en defensa de todo desconocido y
tenían a orgullo pregonar sus amores y
hasta el sufrimiento por los desdenes de
una hermosa.

Conservóse este espíritu caballeresco
hasta después de la decadencia literaria.
En los novelones de la época de tran-
sición, llenó la mujer todas las páginas
literarias, se mezcló en todas las fábulas,
intervino en todos los conflictos. Más o
menos perfecta de formas y de plena
originalidad, los escritores continuaron
siendo muy hombres, muy humanos;
hasta la literatura mística siente el in-
flujó sexual. San Juan de la Cruz cantó
a María con el mismo entusiasmo neu-

Por eso las mujeres debemos protes-
tar y protestamos de figurar así en una
literatura que es la vergüenza de un si-
glo. Por fortuna es una corriente de mal
gusto que no puede ser durable. Basta
pararse y dejar pasar. Pasarán sin dejar

rótico con que Teresa de Jesús canta a
Cristo. La divinidad se hace carne en
sus éxtasis y en sus amores, como en
los sueños de Safo se diviniza Faón.

Hija bastarda de la literatura, abortó-
monstruosa de la preclara obra de pi-
cardía, aparece la novela *sicalíptica*
prostituyendo a la mujer.

Es producto de un siglo corrompido
que se deshace en viejos hipócritas, sin
la grandeza artística de las antiguas
cortes de Atica y del Lucio. Desmorali-
zando el gusto, asqueando de la mujer,
la novela *sicalíptica* de nuestros días es
obra de niños estragados, de viejos eu-
nuocos y de jóvenes invertidos. No saben
sentir a la mujer, y en sus libros no
está la mujer, sino un febo o una que-
rida complaciente que no sienten verso
desflorados en páginas de imprenta, como
cebo de una lujuria cerebral.

No hay intimidad en estas mujeres que
nos pintan. Más que la intimidad es en
ellas importante el traje y los broches.
Se nos vilipendia como a criaturas inca-
paces de pensar o de una maldad refi-
nada. No se admira ya la belleza y la
bondad, sino lo que tiene la belleza de
utilizable. La *venus* de Milo, sana, her-
mosa y fuerte, no es más que una be-
lleza inútil. ¡Está desnuda! ¡No puede
desnudarse! ¡Ni se podrá vestir! Se pre-
fiere una tísica de huesoso armazón,
ojeras moradas y labios cárdenos, per-
versos (este este es el lenguaje), que
sepa desnudarse, caer con gallardía.

El arte de ciertos mal llamados nove-
listas está en desnudar mujeres, porque
no saben verles el alma. Y la mayoría
de ellos se contentan solo con desnudar-
las... ¿Después?... Nada. Son pavesas de
lujuria y les basta con avivar en los
otros la llama. Se parecen a esos enfer-
mos del estómago que se complacen en
ver preparar manjares que no pueden
comer... que no son dignos de comer...
por eso no dejan mas que sensación de
hastío, un bostezo de mala digestión.

No busquéis en ellos algo grande y
noble. No penséis en un grito de pasión.
Esos son libros escritos para hombres
por hombres en contra de las mujeres.
Algunas se engañaron oyendo que se
habla de su hermosura, porque las in-
genúas leen por encima lo referente a la
mujer. Quieren verles a ellos en la no-
vela y no notan lo lejos que está el
hombre de la novela por lo lejos que
está de ellas la mujer novelesca.

Si nos fijamos bien, indignan esos
hombres novelescos por su poca gallar-
día y por su precocidad; hombres que
no saben imaginar a su mujer; y esos
hombres que no ven a su mujer se in-
feriorizan... se pierden. En esas novelas
no hay para las mujeres el interés de
hallar un hombre.

El *futurismo* nos encamina a un país
de asexuales o de onanistas. ¡Se pone
un empeño en hacer mujeres! Los la-
martinianos hacen madres y hermanas
que no son amantes; y los otros hacen
amantes que no son ni madres ni her-
manas. En todas ponen un gesto de
deminondaine y no de mujer de hogar.
La preparan para el espectáculo. Todos
son empresarios de Edén-Concert; buscan
en ellas lo decorativo, lo momentáneo;
les fabrican el templete y las exhiben.
Hasta a las que quieren rendirles homa-
naje las ofenden contando intimidades
en las cuales se evapora el perfume del
misterio. Una novela de amor vivo, es
una infidelidad.

Lamentables también cuando las hacen
vivir un melodrama. No dejan de ser
en medio de todo mujeres de Edén-Con-
cert.

Por eso las mujeres debemos protes-
tar y protestamos de figurar así en una
literatura que es la vergüenza de un si-
glo. Por fortuna es una corriente de mal
gusto que no puede ser durable. Basta
pararse y dejar pasar. Pasarán sin dejar

huellas todos estos libros estúpidos y
mal escritos, en los que no hay un con-
telleo de ingenio ni un momento de arte.

Volverán a imperar el Arte y la Na-
tura, y con ellos lo sano. Las con-
ciencias honradas sin perversiones, lo
anarquizante por llevar escrita la ley
natural: culto de la hermosura y de la
mujer. Entonces, en vez de figurinas
buscaremos personas de carne y hueso.
Las mujeres y los hombres con sus vi-
cios y pasiones, pero siempre humanos,
honrados. No contra Natura. Mujeres
que amamantarán hombres futuros, que
al respetarlas no las prostituyan como
los novelistas *sicalípticos* prostituyen a
sus madres, a sus hermanas y a sus
esposas, por vender ucos cuantos libros
más, explotando la bestialidad de los
inexpertos.

No quiere esto decir que en toda obra
se cante el amor sexual. No; el amor
a la mujer es independiente, de ciertas
pasiones. Sin esas pasiones y su cortejo
de celos y venganzas pueden hacerse
grandes obras. Hay mucho que estudiar
y que escribir más importante; la hu-
manidad tiene misión más alta que la
de ocuparse sólo en las uniones sexuales.
Pero en toda obra de hombre, trate de
lo que trate, habrá siempre amor de
mujer. De madre que amamanta, de
compañera que alienta, de hermana que
acaricia. La influencia femenina se siente
en toda obra de hombre-hombre, aun-
que no se hable de ella. Es como el sol,
como la luz, que genera los colores. Ha-
blamos de los colores sin hablar de la
luz, pero ella está en todo.

Empecemos por abominar de esta li-
teratura todas las mujeres, no en nombre
de una moral falsa y acomodaticia en
la mayoría de los casos, sino por su falta
de corazón, de verdad y de delicadeza
intelectual.

Los aplausos de ciertas *hombros* que
envían tarjetas y cartas a los *escritores*
sicalípticos, son sólo aplausos de pobres
ninfómanas.

Carmen de Burgos.

La Simiente

El arroyo que pasa murmurante
parece que de un sueño despiereza;
y es igual a una vieja cuando reza
su rosario con vista lagrimeante.

El sol, que ya depono su talante
augusto con inmensa ligereza,
tiene en la púrpura de su realza
el blanco níveo de una nube andante.

Y soy la pauta que al silencio quita
el privilegio de su nota muda
como el sollozo de una flor marchita.

Y soy la causa que dejar no impera
a esa soledad, que por mi muda
su nombre y se reviste de cualquiera.

Bs Aires. Teresa Maccheroni.

Las víctimas del ideal

Eran mujeres y hombres pensativos,
una gran fé tenían,
jóvenes eran, más sus blancos labios
ni sus pechos austeros parecían
hechos para el amor; la aguda y lenta,
la sublime y convulsa
fiebre interna sentían,
que mina el cuerpo y endurece el alma,
más fuerte que el amor y que la vida,
la fiebre de la idea.

Desnudo el pecho, combatir: con este
único fin nacieron.
Sencillos goces, balbucesos de cuna,
sueños, delicias, la tranquila vida
de un hogar honesto:
todo lo rechazaron! Y escondidos

FRUTOS DE LA GUERRA



He aquí un cuadro que nos ofrece la guerra.
Una madre con cuatro hijos, viuda, sola, abando-
nada, pues su compañero de vida y de infortunio pereció
despedazado bajo el cañón y la metralla.

Ahora anda mendigando de puerta en puerta un
mendrugo de pan para llevar a la boca de sus débiles
niños.

¿Y la patria, por quién murió despedazado en el
campo de batalla su compañero, se olvidó de amparar a
éstos seres? ¡Ah, la patria, canalla y vil mentira!

Frente a estos frutos malvados de la guerra, exclamamos una vez más: ¡Abajo la guerra y el militarismo!

en covachas oscuras,
con ardoroso afán, pálido el rostro,
contra la infamia y la injusticia urdieron
temerarias conjuras.

Y por un ideal potente iluminados,
ideal de dolor y rabia,
en las húmedas celdas escribieron
trozos de historia con bermeja sangre
y pedazos de alma.

Meditad: eran niños y con ronco
estertor en la santa barricada,
entre el polvo, el humo y el silbido
de las balas cayeron
abierto el pecho y rota la garganta!

Eran trémulos viejos ya sin fuerzas,
y entre hierros vivieron;
eran sombras de típicos murientes,
y altivos desafiaron la ignominia,
la horca y el tormento!

Eran vírgenes rubias, y en las llamas
rugientes de la hoguera,
como en un lecho de purpúreas rosas
dieron al ideal un casto cuerpo
y el alma pura y bella!

Y ninguno sufrió. Rientas, cantando
subían al patíbulo

y el cuello daban al cordel nefando;
en el fondo letal de las pasiones,
con los ojos ya fijos
en el vacío sepulcral, y el hiel
de la muerte en los huesos,
al esplendor de un porvenir ignoto
de justicia y amor, ellos el himno
del ideal dijeron.

No; ninguno sufrió! De las humeantes
llagas y de los pechos
marchitos, de las bocas contraídas,
de las fieras pupilas y los miembros
helados de los muertos,
se espesó una voz sacra y tremenda
de dicha y de esperanza,
de espasmos y de amor; ninguna fuerza
brutal puede aterrar en ardua vía
al ideal que avanza.

¡Qué importa si por él caen á millares
las víctimas!... El queda
como fragor de truenos incansables,
cual fulgurar de lampos precursoros
de nuevas tempestades.
Besó que marca con ardiente sello,
fó que nunca perece.
Águila eterna que se lanza al monte,
sobre el tiempo, el espacio y las ruinas,
triunfante permanece.

Ada. Negri.

El que siembra vientos recoge tempestades.

El jardinero, en cambio,
que siembra flores, recoge
pétalos y aspira sus perfu-
mados olores.

No hace mucho, con motivo de la
muerte del gran "pacificador" de la
Patagonia, alguien dijo: Varela ha muerto.
Y nuestro corazón pareció aligerarse de
un enorme peso. Y no es que pensemos
que la muerte de un tirano significa la
terminación de la tiranía; de ninguna
manera. Ni tampoco que seamos parti-
darios de la violencia, no. Pero nuestro
corazón estaba rebotando de dolor y de
amargura, por las injusticias y los crí-
menes cometidos por el militar, cuya
muerte nos anunciaban cientos de obreros
hermanos nuestros y el llanto y la pena
de tantas madres y de tantos niños, pa-
reció repercutir en nuestros oídos.

Y es por esto, que al saber su muerte
no sentimos pena, como no se siente
pena cuando se mata un reptil venenoso
hallado en el campo, y en cambio se
evita el pisar una tierna y delicada flor
silvestre; porque de el reptil sólo es da-
ñable esperar que nos inocule su veneno,
mientras que la flor alegra nuestra vista
y nos regala su perfume.

Y así, nosotras, considerando que el
hombre que tiñó sus manos de sangre
proletaria y que no titubeó en asesinar
a los que en son de paz dejaban las
armas a sus pies, merecía el calificativo
de hombre-fiera; y como tal no ora, no
podía ser acreedor a nuestra piedad, y
sí a nuestro desprecio.

Más hoy, cuando una voz resonó en
nuestros oídos diciendo: Kurt Wilkens
ha sido asesinado, no queremos creerlo.

Imposible, dijimos, al sentir la fúnebre
noticia. Más hubo que rendirse a la
evidencia. Los grandes diarios nos da-
ban la noticia, con todos sus detalles.
Wilkens había sido cobardemente asesi-
nado mientras dormía. (y probablemente
soñaba con una sociedad más noble y
vital que la actual), ocasión que el ase-
sino aprovechó para matarlo. Y, cobarde
y vil, como el acto que llevaba a cabo,
buscó la penumbra de la noche al igual
que las fieras en el bosque que se aga-
zapan tras de un matorral para echarse
sobre su incauta víctima. Ni siquiera el
saberlo enfermo y débil, detuvo su
mano criminal. Quizá fue eso lo que lo
estimuló: el saberlo impedido para
la defensa.

Un ente de la clase del asesino y ebrio
de patriotismo, no tiene la hombría
de atacar de día y de frente, tal
cual lo hiciera Wilkens, no mereco com-
paración. El uno representa la verdadera
justicia y el amor fraternal; el otro la
barbarie y el despotismo.

Wilkens; todo amor y nobleza para
tus hermanos los proletarios, héroe y
mártir de un ideal de justicia y amor,
nosotras te recordaremos constantemente.

Y en los momentos en que el desco-
razonamiento está a punto de hacer
presa en nosotras recordaremos tu valor
é intrepidez que no vaciló para vengar
ofensas ajenas, aún sabiendo que sacri-
ficabas tu juventud y tu libertad.

Y el sólo recordarte nos servirá de
estímulo y nos dará nuevos bríos para
continuar la lucha.

Fidela Cuñado.

Necochoa.

En nuestros días las cosas han cam-
biado, sino radicalmente, en parte. La
mujer comprende que no es un deshonra
tener algunos conocimientos, y, aunque
con terribles sacrificios, asiste a la escuela
y aprende allí el máximo que el
régimen le permite. Más tarde,
después de abandonar el colegio primario,
continúa sus cursos secundarios, o,
más generalmente, entra a émbuteceras
entre las paredes de un taller.

Angelina Arratia.